

con él, y prohibió á sus ministros que obedeciesen la intimación de la asamblea. «Que hagan lo que quieran, dijo, pero si por medio de una medida facciosa acaban por ponerme en el disparadero, los arrojaré al Sena, yendo á buscarlos á la cabeza de algunas compañías de veteranos.» Luciano opinaba que no debía titubear, sostenía que cuanto más tiempo se perdiese tanto más se dejaría á la asamblea enardecerse y hasta llegar á ser emprendedora, conviniendo mejor hacer uso inmediatamente de los poderes constitucionales de la corona para disolverla. El mariscal Davout, tan resuelto poco antes, se mostró algo menos después de la declaración de entrambas cámaras. «Hubiera sido preciso, decía, suspender las funciones de la cámara de los representantes, herirla antes de que tomase ninguna resolución; pero ahora que ya ha tenido tiempo de pronunciarse, ahora que ya ha podido formarse adeptos, sería preciso intentar la repetición de un 18 brumario y la situación se presta á un golpe de Estado semejante.»

En medio de estos diversos dictámenes, Napoleón pareció titubear y hasta carecer de carácter. Sin embargo, el hombre no había cambiado, y su regreso de la isla de Elba, su última entrada en campaña, lo probaban suficientemente; pero su previsión daba lugar entonces á su debilidad. Viendo que todo estaba perdido, no militar, sino políticamente, se hallaba pronto á rendirse; y si se resistía, esta resistencia no era en él más que la naturaleza que pugnaba aún por defenderse. Este último combate entre la previsión y la personalidad le hacía parecer lo que nunca había sido, es decir, un hombre indeciso. «Atrevo, le dijo Luciano.—¡Ay!, respondió, ¡demasiado me he atrevido!...» Frase memorable que hace honor á su razón, condenando á la vez su pasada conducta. Durante esta conversación se trasladaron Napoleón y Luciano al jardín del Elíseo. El primero demostró á su hermano con bastante viveza y animación las escasas probabilidades de éxito que tenía el golpe de Estado que le proponía. «Es necesario, le dijo, para llevar á cabo empresas de este género, tener siempre presente la disposición de los ánimos en los momentos próximos á su realización. En el 18 brumario, que me recordáis sin cesar, la opinión no era favorable á las asambleas, se las acusaba de haber producido diez años de calamidades, y todas las simpatías eran favorables para los hombres de acción, especialmente para mí, que pasaba por ser el primero de todos. El público en masa estaba contra los Quinientos y á favor mío. Hoy sucede todo lo contrario. La idea dominante es la de que subsiste la guerra únicamente por mi causa, y en una asamblea se ve un freno á mi ambición y á mi despotismo. Ambición, ya no tengo ninguna, y el despotismo ¿en qué podría fundarse?; pero de todos modos esta es la preocupación que domina los ánimos. Podría, ya lo creo, arrojar en el Sena á esos representantes, aun cuando me expusiese á encontrar en la milicia nacional mucha más resistencia de la que suponéis; pero estos representantes se marcharían á recorrer las provincias, á sublevarlas contra mí, y á decirles que había violado la representación nacional únicamente por satisfacer mi interés y por sostener una lucha á muerte contra la Europa, que no pide otra cosa que mi separación del trono para detenerse, devolviendo á la Francia la deseada paz. Admito, sí, la hipótesis de que no me

enajenaría la voluntad del país entero, pero le dividirían; yo no conservaría más que lo que se llama la porción violenta, y entonces parecería el emperador de los jacobinos luchando por su corona contra la Europa y contra las personas honradas. Este papel no sería honroso ni posible; porque unido bajo mi dirección, bastaría el país para su defensa; desunido, es incapaz de resistir...»

En aquel momento la avenida de Marigny se hallaba ocupada por una multitud numerosa, atraída por la fatal noticia del desastre de Waterloo. Como era natural, en esta afluencia se encontraban las gentes más animadas, los que habían acudido á inscribirse en las listas de los confederados, y que, sin ser anárquicos, tenían todas las apariencias de ello. Eran hombres del pueblo, antiguos militares que no pensaban lo más mínimo en trastornar la sociedad, pero que se indignaban y ardían en cólera ante la sola idea de ver al enemigo una vez más en París. La tapia que separaba el jardín del Elíseo de la avenida de Marigny era mucho más baja de lo que es hoy; y por entonces daba la casualidad que se ejecutaban obras en ella, con cuyo motivo se hallaba aún más baja que de costumbre, y la multitud sólo estaba separada de Napoleón por un obstáculo insignificante. Al divisarle lanzó gritos frenéticos de *¡Viva el emperador!* Muchos de los presentes, acercándose á la tapia del jardín, le tendían la mano pidiéndole que los guiase á buscar al enemigo. Napoleón los saludó, fijando una mirada afectuosa y triste, después les hizo seña de que se calmasen, y continuó su paseo con Luciano, quien no dejó de apoyar su dictamen en la escena que acababa de pasar. «Si la Francia pensara unánime como los hombres que están allí, tendríais razón, dijo Napoleón á su hermano; pero no sucede eso.

»Los miembros de las cámaras que se han insurreccionado contra mi autoridad, que dentro de dos horas pedirán quizá mi caducidad, son evidentemente eco de una porción de habitantes de la Francia. Representan á todos los que creen que en esta lucha que sostenemos con la Europa se trata solamente de mí, y los que profesan estas ideas son numerosos, bastante numerosos para que la desunión sea profunda; y ya os lo he dicho, sin unión no hay nada posible.» Todas estas palabras demostraban un claro raciocinio, y era preciso tener una vista sumamente penetrante para apreciar las cosas como las apreciaba, á través de la espesa nube del interés. Pero, ¿á quién podía echarse la culpa de que la Francia en aquel inmenso conflicto se obstinase en no ver más que la ambición de Napoleón luchando con la Europa, y de que no quisiese permanecer más tiempo comprometida por un solo hombre? Se engañaba sin duda, porque después de haberse dejado comprometer por él, necesitaba sostener con su brazo la lucha sin perjuicio de deshacerse de él después, como decía Sieyès; pero en este mundo, las torpezas de los unos engendran las torpezas de los otros, y se perece tanto por las que se han cometido como por las que se han provocado.

Mientras que se perdía el tiempo con disertaciones inevitables, y se llenaba como sucede siempre el intervalo de los sucesos con palabras inútiles, la asamblea, impaciente de recibir una respuesta á su mensaje, agitada por el orgullo de hacerse obedecer, por el temor de ser violentada, se extendía en discursos vanos y provocativos. Había pensado nombrar en el instante un jefe

para la milicia nacional de París, pretensión enteramente contraria á las leyes, porque sólo el emperador tenía derecho para proveer este destino, y en aquella época mandaba como segundo jefe la milicia nacional de París el general Durosnel, porque el mismo Napoleón era el primero. Esta proposición, ya lo hemos visto, á pesar de todo, no tuvo éxito; porque apoderarse en seguida del poder ejecutivo, cuando el monarca depositario legal de este poder se hallaba en el Elíseo, vencido es verdad, pero aunque vencido siendo el más imponente de los hombres, era cosa difícil. Por otra parte la consideración que merecía el general Durosnel, la poca inclinación que había á nombrar á Mr. de Lafayette, candidato el más indicado, pero que no convenía ni á los revolucionarios ni á los bonapartistas, y lo que es más á los revolucionarios; todas estas circunstancias, decimos, impidieron que la proposición fuese aceptada, y se contentaron con pedir al titular en ejercicio que velase por la seguridad de la asamblea. Durante este tiempo, los representantes, siempre deseosos de obtener una respuesta, amenazaron á los ministros con enviarles, no ya una invitación, sino una orden; y muchos amigos de la dinastía imperial acudieron al Elíseo á decir que se decretaría el destronamiento de Napoleón si la invitación dirigida á los ministros no era seguida de un acto inmediato de deferencia. Mr. Regnaud y Mr. de Basano apremiaron al emperador para que tomase un partido, y pareció ceder á su consejo de acceder en cierto modo á los deseos de la cámara de los representantes. Sin embargo, antes de enviar á los ministros á esta cámara, era preciso convenir en lo que debían decir, y hasta entonces no se habían ocupado de este particular, porque no habían discutido más que la posibilidad ó la imposibilidad de una disolución. Eran, pues, necesarios algunos instantes, y la impaciencia de los miembros de la cámara baja había llegado á su colmo, según decían los que sucesivamente acudían al Elíseo á llevar noticias. En vista de esto, Napoleón con disgusto, casi con indiferencia, sin ninguna esperanza de obtener un resultado formal, consintió en que Mr. Regnaud acudiese á la asamblea para que la apaciguase con el anuncio de que en breves minutos recibiría un mensaje imperial.

La asamblea escuchó á Mr. Regnaud con esa curiosidad ardiente y pueril de los tiempos de revolución, y se mostró satisfecha al saber que su reciente resolución no había sido mirada como un atentado, y que el tiempo perdido se había empleado no en preparar la resistencia, sino en buscar los medios de acceder á su voluntad. Se calmó un poco, pero manifestando sin embargo con su agitación que no duraría mucho su paciencia.

Los confidentes de Mr. Fouché, convertidos en auxiliares de Mr. Regnaud, sin que este último sospechase la intriga á que servía de instrumento, le dijeron que el vuelo que las inteligencias habían tomado era inmenso, que no había ya una sola divergencia, que querían pura y simplemente la abdicación, que dejarían á Napoleón el honor de deponer su cetro, pero que se lo arrebatarían de las manos si no lo abandonaba acto continuo. Mr. Regnaud trató en vano de apaciguarlos, porque, como era siempre adicto al emperador, no se separaba del padre más que para salvar al hijo, y temía que se diese lugar al destronamiento que importaba á la vez al padre y al hijo, es decir, á la dinastía misma. Sin embargo,

le prometieron esperar, pero bajo la condición de que la abdicación sería segura y próxima, porque la fábula inventada por Mr. Fouché de que se hallaba en comunicaciones secretas con Viena, y de que estaba cierto de que las potencias aceptarían la regencia de María Luisa, se había repetido en todos los bancos de la asamblea, la sabían hasta los representantes menos informados, y todos la consideraban como una verdad auténtica.

Mr. Regnaud volvió al Elíseo, en donde, por fin, se había tomado un partido, el de dirigir á las cámaras un mensaje, que sería llevado por los ministros, cuya presencia deseaban los cuerpos colegisladores. Este mensaje tenía por objeto informarles de la desgracia que había sufrido el ejército, reducir esta desgracia á la realidad, afirmar que aún quedaban recursos, y proponer el nombramiento de una comisión para buscarlos, escogerlos, y decretarlos de acuerdo con el gobierno. El ministro del Interior, Carnot, debía llevar el mensaje á la cámara de los pares, el príncipe Luciano á la de los representantes en compañía de los demás ministros. El emperador, según el Acta adicional, tenía el derecho de hacerse representar en las cámaras por comisionado de su elección, y á este título designó al príncipe Luciano, célebre entre los príncipes de la familia por la firmeza que había desplegado el 18 brumario. Napoleón no esperaba, no deseaba ya nada, pero quería un hombre adicto y que supiese hablar, para que rechazase los ultrajes que aguardaba; y no le disgustaba probar á sus ministros en aquellas circunstancias que no estaba muy contento de su celo. Sin embargo, exceptuaba á Carnot, á quien Fouché había hecho sospechoso calificándole de víctima de Napoleón, y á Mr. de Caulaincourt que apenas podía ser útil fuera de un congreso ó de un campo de batalla.

Desde luego se trasladaron á la cámara de los pares, la que acogió el mensaje sin pronunciar palabra, aguardando á que la otra cámara hablase, para hablar á su vez. Perdieron poco tiempo en este trayecto, pero más del que la impaciencia de los representantes era capaz de conceder; y llegaron á las seis al palacio de la segunda cámara, en el mismo momento en que todas las palabras eran insuficientes para contener la impetuosa de los ánimos. Se anunció por fin el mensaje imperial, y la asamblea se hallaba tan agitada que fué preciso emplear todavía algún tiempo para conseguir que se calmase, que guardara silencio y escuchase. Comprendiendo que la comunicación tan ardentemente deseada debería dar lugar á discusiones, y quizás á graves revelaciones, se decidió que la sesión fuese secreta. El público tuvo, pues, que salir de la sala de las deliberaciones, y á cosa de las siete subió el príncipe Luciano á la tribuna. Después de alegar su título de comisario imperial, expuso el príncipe el contenido del mensaje. La Francia, dijo, había experimentado una desgracia, muy grande sin duda, pero no irreparable. Con la unión de los poderes, con la firmeza de carácter, todavía podrían hacer frente al enemigo, porque aún quedaban vastísimos recursos. El emperador, queriendo buscar y emplear estos recursos de acuerdo con los representantes del país, les pedía el concurso de cinco miembros de cada cámara, para elegir los medios de salvación, hacerlos votar y ponerlos en práctica inmediatamente.

El príncipe no fué mal acogido: sabía estar en una tribuna, y además, como ya hemos dicho, no habiendo sido rey, no representaba los excesos de ambición bajo los cuales había sucumbido la Francia. Por todas estas razones fué escuchado con benevolencia. Sin embargo, no dijo nada de nuevo, porque se sabía que el ejército había sido valiente y desgraciado en Mont Saint-Jean, después de haber sido valiente y venturoso en Ligny, y se sabía que aún quedaban recursos, y que el gobierno no quería otra cosa que buscarlos, descubrirlos y aplicarlos de acuerdo con las cámaras. Pero nada de esto respondía á la idea que por entonces llenaba todas las mentes, la de la abdicación, es decir, la retirada de un hombre considerado como la única causa de la guerra, retirada después de la cual se detendrían los coligados aceptando á su hijo. Si el capitán hubiera salido victorioso del combate, este triunfo hubiera sido la compensación del odio que inspiraba á la Europa, pero no siendo ya garantía de la victoria, todavía quedaba el odio de que era objeto y que atraía á los ejércitos europeos sobre la Francia. Por otra parte, como había provocado este odio con los excesos de su dominación, no había que tener escrúpulo en sacrificarle, tanto más cuanto que sacrificándole se aseguraba probablemente la corona á su hijo. Tal fué el razonamiento que se formó natural é invenciblemente en todos los ánimos; pero no pensaban que si había algunas probabilidades de resistencia, Napoleón era quien podía aprovecharlas, que sin él tendrían que rendirse y aceptar á los Borbones (muy aceptables en nuestro concepto, pero odiosos á la asamblea que deliberaba); y se apresuraban creyendo al separarse de Napoleón evitar el peligro más amenazador y escoger el medio más seguro para restablecer la paz.

Mr. Jay, excitado por el duque de Otranto, y digno de mejor guía, pidió resueltamente la palabra. A su aspecto guardaron todos silencio, porque sabían lo que iba á proponer y deseaban el éxito de su proposición.

Comenzó presentando algunas consideraciones bastante inútiles sobre la gravedad del riesgo que corría al hacer uso de la palabra en aquellas circunstancias, como si le hubiera inspirado todavía gran miedo el vencido de Waterloo. Con todo, este exordio fué escuchado con una especie de emoción agradable, y los oyentes alentaron al orador á continuar con la profunda atención que le prestaban. Mr. Jay, dirigiéndose entonces á los ministros, les hizo dos preguntas formales, y las dos tan directas como apremiantes. En primer lugar les pidió que declarasen, con la mano sobre la conciencia, si creían que la Francia, aún desplegando el valor más grande, podría resistir á los ejércitos de la Europa, con cuyo motivo se hacía indispensable la paz; y después, si la presencia de Napoleón al frente del gobierno no imposibilitaría la realización de esta paz. Después de hablar de esta manera, Mr. Jay se interrumpió y miró por espacio de mucho tiempo á los ministros aguardando su respuesta. La asamblea imitó su ejemplo y pareció exigirles con sus miradas una pronta respuesta. Los ministros guardaron silencio; pero había uno entre ellos cuyo silencio no podía durar mucho, porque había sido quien con sus pérfidas insinuaciones había hecho creer que en cuanto Napoleón desapareciese la Europa se detendría y aceptaría á su hijo. Las miradas

de los representantes llegaron á ser de tal modo interrogadoras, que Mr. Fouché no pudo permanecer callado más tiempo. Volviendo hacia la tribuna su rostro pálido, taimado, falso, se limitó á decir que, habiendo consignado los ministros en el mensaje imperial el dictamen del gobierno, no tenía cosa alguna que añadir. Esta respuesta, ridículamente evasiva, no satisfizo á nadie. Probaba que Mr. Jay, engañado por Mr. Fouché, no era su cómplice. Poco contento de la ambigua respuesta que había obtenido, continuó Mr. Jay su discurso, y entrando en la situación, hizo de ella un bosquejo alarmante y por desgracia verdadero. Primero habló de la situación interior, y procuró demostrar que Napoleón había sucesivamente indispuerto con él á todos los partidos, á los realistas que eran sus enemigos radicales y á los liberales á quienes había obligado á serlo con su intolerable despotismo. Hablando del 20 de marzo, de las esperanzas que se habían concebido al principio y que el Acta adicional había destruido, se expresó sobre este punto con las preocupaciones de la época, y declaró que habiendo perdido Napoleón la confianza de los amigos de la libertad, y no habiendo gozado nunca de la de los realistas, no podía en adelante reunir á la Francia en torno suyo, ni dirigir su energía contra el extranjero.

Ocupándose en seguida de la situación exterior, monsieur Jay bosquejó las pasiones que Napoleón había excitado en Europa; citó los manifiestos de las potencias que declaraban no combatir contra la Francia, sino contra él; procuró demostrar que, aun suponiéndole más venturoso que el 18 de junio, la Europa implacable renovaría incesantemente sus esfuerzos; que sin duda podría el ejército conseguir una nueva gloria, pero para acabar por sucumbir; y preguntó en fin si en presencia de esta doble situación, de la Francia que Napoleón dividía, de la Europa que unía en contra suya, si no era un deber en él ofrecer su retirada y en las cámaras un deber aceptarla y hasta provocarla si era preciso. Estimulado por una aprobación unánime, Mr. Jay que no poseía ni el calor ni la acción de un verdadero orador, llegó, sin embargo, poco á poco á la verdadera elocuencia. Dijo que apelaba á Napoleón, á su genio, á su patriotismo para sacar á la Francia del abismo en donde le había sumido. Dirigiéndose á Luciano y encargándole en cierto modo ser el intérprete de la desolada Francia: «Vos, príncipe, exclamó, cuyo desinterés é independencia son conocidos, vos á quien los prestigios del trono no han extraviado nunca, vos debéis ilustrar, aconsejar á vuestro glorioso hermano, debéis hacerle comprender que de sus mil victorias, cuyo brillo inmortal no ha podido oscurecer una reciente desgracia, que de sus mil victorias ninguna será tan gloriosa como la que conseguirá sobre sí, al venir á devolver á esta asamblea un cetro que desea mejor recibirlo de sus manos que arrancárselo, para conservarlo á su hijo si es posible, y conjurar las desventuras de una segunda invasión cien veces más fatal que la primera.» La situación engrandeció el talento y el carácter del orador, quien ejerció una influencia como nunca hasta entonces había ejercido, y como no debía volver á ejercer por más que no haya cesado de inspirar y de merecer una sólida estimación. El príncipe Luciano le respondió en el mismo instante. Sosteni-

do también por la situación, por la piedad fraternal y por su talento, habló con elocuencia; porque es un privilegio de las grandes situaciones elevar á los oradores obligándolos á desentenderse de las consideraciones accesorias, para encerrarse en las consideraciones verdaderas y fundamentales. Por lo demás, podían alegarse todavía algunas razones en favor de Napoleón. El príncipe Luciano se hubiera visto en gran aprieto delante de un realista sincero que le hubiera dicho: vencidos los Bonaparte, no es posible ya su existencia, y siendo imposible los Bonaparte, son inevitables los Borbones. Bajo la dominación de los Borbones puede conseguirse la libertad con la perseverancia mucho más fácilmente que bajo la de los Bonaparte, que por el genio de su jefe no representan más que la fuerza. Es una gran desgracia ciertamente que el extranjero sea quien lleve á cabo semejante revolución, pero esta intervención del extranjero que en quince meses ha tenido lugar dos veces, es vuestra obra, la consecuencia de vuestras culpas; retiraos, dejadnos negociar con la Europa, puesto que al fin nos habéis reducido á este extremo, y que las esperanzas de vencer son demasiado débiles para intentar una vez más la suerte de las armas. Pero no había en la asamblea ningún realista previsor y atrevido que pudiese emplear este lenguaje. No había en su seno más que revolucionarios y liberales, que no querían por ningún precio á los Borbones, y que tenían la debilidad de creer que podían defenderse y tratar con el extranjero sin Napoleón. A estas teorías podían oponerse réplicas poderosas; Luciano supo encontrarlas, utilizándolas en su provecho. Desde luego procuró pintar la situación con otros colores que los que había empleado Mr. Jay, demostrando que el mal había sido sumamente exagerado tanto en el bosquejo del exterior como en el del interior.

Apoyándose en los datos que le había suministrado el emperador, expuso que el ejército del Norte, aunque vencido, estaba muy lejos de hallarse destruído; que se reunirían treinta mil hombres lo menos de los que habían combatido en Mont-Saint-Jean, y probablemente el cuerpo de Grouchy entero, lo que constituiría un ejército de más de sesenta mil hombres, superior en calidad á cuanto el enemigo poseía; que los generales Rapp, Lecourbe y Lamarque (este último habiendo terminado su misión en la Vendée) elevarían las fuerzas á más de cien mil soldados; que detrás de este ejército París se vería al abrigo de todo ataque con sus fortificaciones, con sus seiscientos cañones y con sus sesenta mil hombres pertenecientes á los depósitos, á la marina, á la milicia nacional y á los confederados; que en esta situación habría tiempo para crear nuevos recursos; que la quinta de 1815, la aplicación á toda la Francia de la movilización de los milicianos escogidos produciría doscientos ó trescientos mil hombres más; que estos medios en manos de un capitán como Napoleón darían lugar á no despertar y á no sufrir las condiciones impuestas por un insolente vencedor; que si en el exterior la situación no era tan grave como procuraban presentarla, en el interior había sido aún más exagerada; que la Francia rechazaba unánimemente el gobierno de los emigrados; que este gobierno contaba sólo con una minoría más arrogante que peligrosa, porque al fin se había desmascarado en la Vendée y en pocos días la había

anonadado el general Lamarque; que exceptuándose los partidarios de la emigración, todo el mundo quería una misma cosa, es decir, la independencia nacional y la libertad constitucional bajo la dominación del príncipe á quien la Francia había visto regresar con tanta alegría el 20 de marzo; que podían dividir á esta masa de la nación algunas malas inteligencias, pero que dependía de la asamblea hacerlas cesar agrupándose en torno del hombre que la había convocado; que no tenía que hacer más que pronunciarse y el país entero le seguiría; que separarse de Napoleón so pretexto de conjurar el odio del extranjero era una ilusión ridícula y funesta á la vez; que el extranjero había empleado este lenguaje en 1814, que el senado le había creído, y que destronado Napoleón y restablecidos los Borbones, habían despojado á la Francia de sus plazas fuertes, de su material de guerra y de sus fronteras; que las promesas de detenerse después del alejamiento de Napoleón eran ardidés de guerra para separar á la nación de su jefe; que el enemigo podía emplearlos, pero que dejarse engañar por ellos, era entregarse á la burla, á la irrisión de la posteridad y de los contemporáneos... Entrando de lleno en la parte más delicada de la cuestión, añadió Luciano: «¡Pensad, pues, mis queridos conciudadanos, en la dignidad, en la consideración de la Francia! ¿Qué dirá de ella el mundo civilizado, qué dirá la posteridad, si después de haber acogido con transporte á Napoleón el 20 de marzo, después de haberle proclamado el héroe libertador, después de haberle prestado un nuevo juramento en la solemnidad del Campo de Mayo, viniese á declararle al cabo de veinticinco días, por haber perdido una batalla y en vista de una amenaza del extranjero, viniese á declararle, repito, la única causa de sus males, y á excluirle del trono al que tan recientemente le ha llamado? ¿No expondrías á la Francia á que se le hiciese una grave acusación de inconstancia y de ligereza, si en las presentes circunstancias abandonase á Napoleón?» Esta consideración que era justa, pero que sólo demostraba la desventura de la situación, estremeció á la asamblea y provocó acto continuo una réplica abrumadora, porque en las asambleas, cuando las discusiones se acercan á ciertas verdades que están en el corazón, por más que no salgan á los labios, basta una sola palabra para hacerlas brotar.

Levantándose enfrente de Luciano é interrumpiéndole con una oportunidad irresistible, Mr. de Lafayette le dijo con un tono frío, pero decisivo: «Príncipe, calumniáis á la nación. No es por abandonar á Napoleón por lo que la posteridad podrá acusar á la Francia, ¡ay!, sino por haberle seguido demasiado. Le ha seguido á los campos de Italia, á las abrasadoras arenas del Egipto, á los voraces campos de la España, á las llanuras inmensas de la Alemania, á los desiertos hielos de la Rusia. Seiscientos mil franceses reposan en las orillas del Ebro y del Tajo: ¿podéis decirnos cuántos han sucumbido en las orillas del Danubio, del Elba, del Niemen y del Moscowa? ¡Ay! Si la nación hubiera sido menos constante hubiera librado de la muerte á dos millones de sus hijos, hubiera salvado á vuestro hermano, á vuestra familia, á todos nosotros del abismo en donde nos hallamos, y del que no sabemos si podremos salir.»

Estas palabras cayeron sobre el príncipe Luciano, inocente sin duda alguna de las faltas que recordaban,

como el juicio de la posteridad acerca de su hermano y quitaron toda clase de fuerza á la continuación de su discurso. Sin embargo, había logrado en cierta manera moderar un poco el ímpetu de la asamblea, menos por sus palabras, que no carecían de elocuencia, que por el espectáculo del gran hombre vencido á quien representaba, y á quien se trataba de arrojar al abismo sin la seguridad de que el abismo se cerrase después de su caída. Algunos oradores siguieron á Mr. Jay y al príncipe Luciano. Mr. Enrique Lacoste y Mr. Manuel prolongaron la discusión, amortiguando sin querer su primera violencia. Todo lo más que podía hacerse era dejar ver el deseo de una abdicación voluntaria de parte de Napoleón. Decretar su destronamiento hubiera sido un ultraje á la desgracia del que nadie hubiera sido capaz en aquellas circunstancias. El gobierno pedía dos comisiones nombradas por las cámaras para que se entendieran con él respecto de los medios de salvación que debían adoptarse. Estas dos comisiones podían negociando obtener decentemente lo que la asamblea con una intervención directa hubiera arrebatado sin dignidad ni para ella ni para Napoleón. Así lo comprendió y se votó la medida propuesta con un consentimiento casi unánime. La cámara de los representantes designó para formar su comisión á los miembros de su mesa, compuesta del presidente Mr. de Lanjuinais y de los cuatro vicepresidentes Mr. de Flaugergues, Mr. de Lafayette, Mr. Dupont de l'Eure y Mr. Grenier. La cámara de los pares formó su comisión con su presidente, el archicanciller Cambaceres, y con sus miembros Mr. Boissy d'Anglès, Mr. Thibaudeau, Mr. Dronot, Mr. Andreossy y Mr. Dejeán. Estas dos comisiones debían reunirse en las Tullerías en el salón de las sesiones del consejo de Estado, para deliberar sobre los graves objetos sometidos á su examen; y fueron convocadas aquella misma noche con el fin de que pudieran ofrecer al día siguiente una resolución definitiva á las dos cámaras.

Entretanto se sucedieron sin interrupción en el Elíseo los que acudían á llevar y traer noticias. El duque de Rovigo, Mr. Lavallette, Mr. Benjamín Constant y el príncipe Luciano acudieron á la morada de Napoleón, y no le ocultaron la disposición de los ánimos. Luciano le dijo que no había tiempo para deliberar y que era necesario decidirse por un golpe violento ó por la abdicación inmediata, á fin de prevenir una resolución ofensiva de la cámara. Era la verdad pura y Napoleón no se la ocultaba. Algunas veces se encolerizaba pensando en la poca generosidad con que le trataban y en los medios que aún le quedaban para tomar la dictadura si se decidía á llamar á su lado á los confederados, que no cesaban de llegar al pie de sus balcones y de lanzar los gritos de su desesperado patriotismo; pero pasados estos breves momentos de exaltación, disgustado de todos, dejaba ver su idea de abdicar, vengándose al mismo tiempo con sarcasmos terribles de los que creían salvarse con su sacrificio. «Dejad á esas gentes, dijo el duque de Rovigo con su verídica familiaridad. Los unos han perdido la cabeza, los otros son arrastrados por las intrigas de Fouché. Puesto que no comprenden que sois el único que puede salvarlos, abandonadlos, y que salgan del paso como puedan. Dentro de ocho días llegarán los extranjeros, fusilarán á algunos de ellos, des-

terrará á los otros, les traerán los Borbones, cuya dominación han merecido, y pondrán fin á esta miserable comedia. Vos, señor, venid á América con algunos de vuestros fieles servidores á gozar del reposo que necesitáis tanto como nosotros.» Mr. Lavallette dió los mismos consejos, con su lenguaje grave, cariñoso y triste.

Napoleón escuchó sus palabras, y apenas ocultó que en el fondo pensaba como ellos y que obraría en el sentido que le aconsejaban. Con Mr. Benjamín Constant sostuvo una conversación de otro género, que duró mucho. Examinó con él la cuestión de la abdicación desde los más elevados puntos de vista, y como si no fuera parte interesada en la cuestión. Era evidente que su pesar dominante lo producía el haber sido vencido de nuevo por la Europa. Reinar en el estado en que se hallaban los ánimos no le parecía ya un placer apetecible: su ambición había desaparecido ante el desprecio, la repugnancia que le inspiraban los hombres y las cosas, y la única felicidad que se prometía para lo sucesivo era el descanso en un retiro al lado de hombres dignos de su confianza. Pero lo que le excitaba contra su gusto á deliberar sobre su sumisión ó su resistencia al sacrificio que le exigían, era la confusión de abandonar una causa que no estaba aún completamente perdida. Con efecto, le parecía que si quedaban probabilidades de vencer á la Europa, ó por lo menos de reducirla á negociar, librándose por este medio de los Borbones, sería engañarse, cometer una tontería y una debilidad rendirse, y no dudaba que un día llegaría á ser condenado en el tribunal de los verdaderos políticos por haber cedido con demasiada facilidad. Como padre se hubiera inmolado con gusto para asegurar el trono á su hijo, pero desde que supo la verdad con respecto á su esposa, no dudaba que su hijo fuese un niño sacrificado con anticipación á las desconfianzas de la Europa, un niño destinado á morir prisionero en las manos de los monarcas; y se sonreía con desdén cuando le decían que en cambio de su abdicación aceptarían estos monarcas al rey de Roma y á María Luisa. Lejos él de la Francia, veía con toda la penetración del genio á los Borbones restablecidos ocho días después, á la mayor parte de los que le arrebataban su espada dispersos ó castigados, y á Mr. Fouché destinado á un castigo, aplazado quizás, pero cierto; y al profundizar un poco el porvenir, se sentía vengado de todos sus enemigos del seno de la Francia. Pero lo que más le ocupaba era la cuestión de examinar si convenía rendir su espada al duque de Wellington ó al mariscal Blücher, cuando había tantas probabilidades de triunfar sobre ellos; y se preguntaba si no era un tonto ó un cobarde, no haciendo lo preciso para escapar de esta cruel extremidad. Habló largo tiempo con Mr. Constant sobre este particular, desplegando tanto talento como sangre fría, repitiéndole que la Francia, el ejército no conocían á nadie más que á él; que si quería dispersar á los representantes á quienes había abierto la liza, bastaría con que pronunciase una palabra; pero que para hacer esto necesitaba ponerse al frente de un partido, del que gritaba bajo sus balcones, lanzarle sobre las personas honradas, ser una especie de *emperador revolucionario*, y combatir con la Francia oprimida detrás de sí contra la coalición europea; que éste papel le repugnaba muchísimo; y concluyó diciendo que le hubiera agrado sostener con la Fran-

cia unida una lucha desesperada contra la Europa, pero que no podía convenirle emprenderla con la Francia desunida, siguiéndole por fuerza, prefiriendo en esta situación ir á respirar y á vivir como un plantador en las vírgenes selvas de la América.

Mientras que se discurría de este modo en el Elíseo, las comisiones de las cámaras se reunieron en las Tullerías con los ministros en el salón del consejo de Estado, desierto, mal alumbrado y presentando un contraste lúgubre con el espectáculo que ofrecía en otro tiempo, cuando Napoleón en el apogeo de su gloria presidía en él las secciones reunidas, y las dominaba tanto con el vigor de su genio como con el prestigio de su autoridad, entonces todopoderosa! El príncipe Cambaceres inauguró la sesión precisando el objeto de las deliberaciones. Cada cual comenzó por contenerse, pero los más ardientes, y no faltaban en las dos comisiones, tenían impaciencia por suscitar la cuestión verdadera, la única del día, la de la abdicación. Comenzaron protestando adhesión á la cosa pública, y hasta quisieron establecer en principio que estaban próximos á hacer toda clase de sacrificios, excepto el de las libertades nacionales y el de la integridad del territorio. Estas declaraciones redactadas como una proposición formal y puestas á votación, eran ridículas ó bien capciosas, porque decidían implícitamente lo que no se atrevían á articular explícitamente, es decir, el destronamiento.

Esto fué lo que se objetó, y la proposición sólo fué admitida á título de declaración general de adhesión á la cosa pública. En seguida pasaron revista á los diferentes recursos que podían existir aún en la situación casi desesperada de los negocios del Estado. Se habló del ejército, de la hacienda, y por último de los medios de mantener el orden en el imperio, con la represión de los partidos hostiles. Con respecto al ejército se ocuparon primero de reclutarle inmediatamente llamando á la quinta de 1815, sobre la cual se había suscitado una cuestión de legalidad. Nadie se opuso á esta medida que debía proporcionar más de cien mil hombres, una parte de los cuales había servido ya. Acto continuo examinaron la cuestión de hacienda, y se adoptó la idea de una emisión de rentas que podían producir en seguida treinta ó cuarenta millones. Por último, se trató de establecer una ley preventiva confiriendo al poder ejecutivo armas contra los partidos hostiles, y en aquella reunión de hombres, casi todos adictos y muy adictos á la causa de la libertad, no se elevó la menor objeción contra esta ley. Se hallaban dispuestos á concederle todo, con tal de llegar cuanto antes á la única medida que interesaba, es decir, á la abdicación.

Después de proveer á los medios de sostener la guerra, se dijo que era preciso pensar en los medios de concluir la paz, y que este segundo objeto era de la más apremiante urgencia, porque el éxito de la guerra era demasiado incierto para no meditar en terminarla acto continuo, y esta cuestión comprenderán nuestros lectores contenía la que más impaciencia tenían por suscitar. Mr. de Lafayette, más resuelto que los demás en realizar los fines que deseaba, preguntó si no se hallaba demostrado que toda paz, toda negociación sería imposible mientras que Napoleón se conservase al frente del gobierno.

Esta cuestión abordada en presencia de los ministros

de Napoleón y de las comisiones, en las que había algunos miembros adictos á la dinastía imperial, excitó vivos murmullos. Los ministros respondieron que si hubieran considerado como verdadero lo que acababa de exponer Mr. de Lafayette, lo hubieran declarado así al emperador, haciendo del particular el objeto de una proposición expresa en la conferencia á que asistían. Mr. de Lafayette replicó que aceptaba esta manera de presentar la cuestión, y que toda vez que ellos hubieran hecho la proposición en el caso de juzgarla útil, él que la creía indispensable iba á hacerla. Pidió, pues, que los miembros presentes en la conferencia declarasen lo que él creía cierto por su parte, que la presencia de Napoleón al frente del gobierno imposibilitaba la paz, hacía inevitable la continuación de la guerra, y que por lo tanto la salud del Estado era tan problemática como el éxito de la guerra. Esto era decretar el destronamiento, y nadie quería hacerlo, por más que todo el mundo desease la abdicación. El presidente de la reunión, el príncipe de Cambaceres, declaró que no sometería á votación alguna semejante cuestión, quedando de este modo desechada la proposición de Mr. de Lafayette; pero se convino en que era menester negociar al mismo tiempo que combatir, y que para negociar había necesidad de encontrar una forma que permitiese restablecer las relaciones diplomáticas con las potencias europeas, que hasta entonces no sólo se habían negado á responder á las comunicaciones del gobierno imperial, sino que ni tan siquiera habían querido recibirlas.

Por consecuencia se imaginó, como término medio, enviar al campamento de los coligados una comisión de negociadores, que en vez de presentarse en nombre de Napoleón se presentasen en el de las cámaras. Hubiera sido preciso poca conformidad para no contentarse con esta proposición, porque era la abdicación implícita de Napoleón, toda vez que la función más importante del poder ejecutivo, la de tratar con las potencias extranjeras, iba á ejercerse sin él y sin su anuencia. Con esta medida hasta se cometía una ilegalidad flagrante, pero se habían separado ya tanto de la legalidad con las últimas resoluciones de las cámaras, que no merecía la pena de cuidarse de ello.

La proposición fué admitida y se convino en que las diversas medidas adoptadas en aquella conferencia fuesen presentadas al emperador por sus ministros, y á las cámaras por relatores elegidos en cada una de las dos comisiones. El general Grenier, oficial distinguido de la república, hombre prudente y desinteresado, fué encargado de comunicar las resoluciones tomadas á la cámara de los representantes. Sin embargo, como las adoptadas no correspondían á la impaciencia de los ánimos, los ministros, y sobre todo Mr. Regnaud, rogaron al general Grenier y á sus colegas que tuvieran paciencia algunas horas más, prometiéndoles que aún no habrían acabado de presentar su informe, cuando un mensaje imperial acudiría á realizar los votos de la mayoría de las cámaras que cifaban la salud del Estado en la abdicación de Napoleón.

Esta sesión ocupó casi toda la noche. El 22 por la mañana muy temprano se presentaron en el Elíseo varios de los personajes que se permitían dar consejos á Napoleón, y le aconsejaron como no se hubieran atrevido á hacerlo en épocas anteriores, sobre todo tratán-